Las muertas de Jorge Ibargüengoitia: una historia sobre prostitución, violencia y corrupción.

ÁLVAREZ DÍAZ, María/ Universidad Autónoma de Madrid- [ia\_ad@hotmail.com](mailto:ia_ad@hotmail.com)

Eje: Cuerpo, política y crueldad  Tipo de trabajo: ponencia

* Palabras claves: Ibargüengoitia – Poquianchis – novela negra mexicana
* Resumen

*Las muertas* (1977) es una novela de tintes policíacos y de novela negra escrita por el mexicano Jorge Ibargüengoitia (Guanajuato, 1928-Madrid, 1983). El narrador toma como referente el caso de “las Poquianchis”, dos hermanas que manejaban varios burdeles en los estados de Jalisco y Guanajuato; bajo su proxenetismo, murieron algunas de sus empleadas en extrañas circunstancias. Ibargüengoitia, gran conocedor de este acontecimiento ya que durante años revisó los expedientes, dibuja los hechos bajo un humorismo que roza lo terrible. La novela está narrada desde diferentes puntos de vista: el autor pretende acabar con la verdad oficial proponiendo diferentes interpretaciones.

En este cometario se aborda la descripción que Ibargüengoitia ofrece de las protagonistas, dos proxenetas bastante ingenuas, que se mueven armónicamente en la sociedad violenta y corrupta del México de los años sesenta. La intención del autor no es plasmar los hechos tal y como sucedieron, si no plantear el contexto y el ambiente en que se movían estas mujeres, imaginar la situación límite que las llevo a esos extremos, y así desentramar una historia criminal en la que los culpables, además de estas dos proxenetas, son los encargados de manejar la política y la justicia del país.

“El que tiene poder, puede”

Jorge Ibargüengoitia, Instrucciones para vivir en México

* Las muertas: un retrato grotesco y espeluznante

Jorge Ibargüengoitia (Guanajuato, 1928- Madrid, 1983), es un escritor mexicano polifacético: ejerce como dramaturgo, cuentista, ensayista, crítico literario y novelista. Gracias a este último género, el guanajuatense adquiere prestigio. Como novelista no duda en explorar las diferentes posibilidades que la novela le ofrece; así, Ibargüengoitia se adentra en múltiples subgéneros bajo su propia mirada corrosiva: se sumerge en la novela histórica, la novela rosa, la novela del dictador, el género memorialista y, como se verá en este comentario sobre *Las muertas,* en el género policíaco y la novela negra.

Su estilo único, marcado por el humor, la ironía y la desacralización, está plasmado en todos los ángulos de su trayectoria literaria. La sonrisa que nos dibujan sus textos siempre exige una reflexión: la risa, ese arma demoledora, esconde una crítica que el lector debe hallar.

*Las muertas* es una novela publicada en 1977, próxima al género policíaco y a la novela negra norteamericana, pero también con rasgos de novela documental y de la nota roja periodística. Esta novela, que es para el escritor “la mejor escrita y la más satisfactoria”[[1]](#footnote-1), presenta varias complejidades como los múltiples puntos de vista desde los cuales se narra, los constantes flashbacks y los diferentes discursos que se emplean para reconstruir la historia –desde testimonios hasta expedientes y notas de prensa-.

Ibargüengoitia nos sumerge en la violencia desde el propio título. *Las muertas* se basa en la historia de las hermanas Valenzuela, más conocidas como “Las Poquianchis”. Estas hermanas regentan varios burdeles en los estados de Jalisco y Guanajuato en la década de los cincuenta y los sesenta. Durante esos años, se aprueba una ley que prohíbe la prostitución, y estas “madrotas” se encierran, junto a sus trabajadoras, en uno de los burdeles esperando la cancelación de esa ley que las desampara. El escándalo estalla cuando se encuentran los cuerpos sin vida, en extrañas circunstancias, de varias de las prostitutas. Las Poquianchis son condenadas por proxenetismo, homicidio, trata de blancas, tráfico de drogas y corrupción, entre otras faltas.

El caso conmociona a la ciudad de Guanajuato, provincia natal del escritor; los medios de comunicación se hacen eco de la noticia, tratándola con sensacionalismo y morbo: “los periodistas y el público en general hubieran querido encontrar más cadáveres. Este interés afectó la comprensión de la historia”.[[2]](#footnote-2) La verdad, lejos de esclarecerse, se nubla ante un exceso de información escalofriante. Se construye una leyenda en torno a las Poquianchis en la que se desconoce qué es real y qué es ficticio: son demonizadas por los políticos, los medios y el pueblo. Sobre el impacto que tuvo el caso en Ibargüengoitia, afirma el escritor:

El tema me interesó casi por repulsión: la historia era horrible, la reacción de la gente era estúpida, lo que dijeron los periódicos era sublime de tan idiota. Todo esto, que me producía una repulsión verdaderamente muy fuerte, me pareció muy mexicano. Pero la historia me atrajo como a uno lo atrae una operación o un perro muerto: algo horrible.[[3]](#footnote-3)

Contrario al tratamiento que la opinión pública hizo del caso, el escritor acude a los expedientes, revisa los datos que concluyen las investigaciones, y lee las notas de prensa, formando una propia visión de los acontecimientos. Ibargüengoitia duda sobre cómo abordar el tema, de ahí que durante los casi diez años que tarda en publicar *Las muertas*, el proyecto fuera replanteado y reescrito en varias ocasiones. Finalmente publica una novela sobre los hechos, pero recalcando su carácter ficticio; la obra se abre con esta nota de autor: “Algunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales. Todos los personajes son ficticios” (p.9). El escritor se desliga de la non-fiction novel: si bien hay una base real, el autor no conoce la verdad y no trata de representarla, simplemente pretende ofrecer su mirada particular.

* Cuando la realidad supera a la ficción.

Sorprende que los datos más esperpénticos que presenta Ibargüengoitia son reales: se sabe cierto el hecho de que varias mujeres, como remedio casero para la parálisis, aplicaron planchas ardiendo sobre una de las prostitutas, y ya muerta intentaron revivirla dándole Coca-Cola. La novela narra otros datos que podemos encontrar en los expedientes, como la muerte de dos prostitutas al caer por un balcón durante una riña y el asesinato a chancletazos de otra a manos de sus compañeras. “Nuestra historia ha sido más imaginativa que nuestra ficción”, afirma Carlos Fuentes (1969: 95), señalando lo inverosímil que puede llegar a ser la realidad.

*Las muertas* posee aspectos picarescos: es una novela que se ríe de la sociedad, que critica al poder, a las clases sociales y la falsa moralidad. Los personajes actúan pícaramente, mostrando una visión sesgada de la realidad que responde a sus intereses. El tema de la novela -la violencia auspiciada por el sistema- es un asunto naturalizado en México, así como en toda América Latina, donde el atropello parece institucionalizado: no son extraños los casos de corrupción, soborno, fraude, crímenes de estado, explotación y abuso de autoridad. *Las muertas* habla del caso de las Poquianchis, así como trae a coalición los múltiples feminicidios ocurridos en el territorio mexicano, una situación que es, lamentablemente, el pan de cada día. La situación real es esperpéntica: Ibargüengoitia sólo encuentra en lo grotesco el camino para describir fielmente los hechos. Sostiene George Minois que “la risa de los grotesco procede de una reacción de pavor ante una realidad que por momentos se deforma, pierde su estructura racional y tranquilizante, se vuelve monstruosa” (2012: 112). El siguiente fragmento es una pequeña muestra de ello:

No se sabe si Rosa despertó cuando las otras encendieron la luz, cuando la descobijaron o cuando empezaron a golpearla. Ni siquiera se sabe si las que la atacaron encendieron la luz o si la golpearon a oscuras. Tampoco se sabe si el mido hizo enmudecer a Rosa, si las atacantes le impidieron gritar o si gritó con todas su fuerzas y nadie la oyó.

̶ La chancletearon –dice la Calavera al describir esta venganza.

Las heridas de Rosa fueron causadas por los tacones altos de los zapatos con las que otra la golpearon. (p.137)

Lo real se torna absurdo, carente de lógica: lo narrado por Ibargüengoitia resulta inverosímil pese a su veracidad. Las Poquianchis van a ser las hermanas Baladro en la ficción ibargüengoitiana; el retrato del escritor muestra su lado más humano, como si los acontecimientos fueran fruto del azar y no de la maldad de las protagonistas. Son representados tanto sus aspectos negativos como los positivos:

Estas señoras, a pesar de lo que hayan hecho, tienen que tener una vida personal que sea simpática, porque no es posible vivir sin producirle simpatía a alguien. Siempre hay algún momento de ternura o de pasión interesante, o de otras cosas. Pero todo tiene que estar justificado, tiene que haber un equilibrio. Supongo que nadie en el mundo es totalmente despreciable.[[4]](#footnote-4)

En la novela, las Poquianchis poseen, paradójicamente, nombres bíblicos: Arcángela y Serafina. Son, además, mujeres devotas, vestidas sobriamente de negro, que experimentan pasiones amorosas y grandes amarguras, como la muerte del hijo de Arcángela. Ibargüengoitia retrata tanto la crueldad de las protagonistas, su proxenetismo y su abuso de poder, como los aspectos que revelan su humanidad. Con el resto de personajes representados sucede lo mismo: las víctimas son planteadas también como verdugos, revelando que los “buenos” también tienen aspectos negativos. Los personajes se vuelven malignos por causas azarosas, casi sin darse cuenta; el comportamiento humano que se plasma en *Las muertas* tiene mucho que ver con la teoría sobre la banalidad del mal que plantea Hannah Arendt.[[5]](#footnote-5) Afirma Ibargüengoitia: “Lo que me interesa del criminal es que en parte es común y corriente y en parte diferente a los demás. Lo que me interesa del mal, también, es que todos podemos cometerlo. Me interesa que, como dije antes, por medio de actos triviales, se lleguen a cometer lo más grandes crímenes” (1977: 13).

El escritor emplea la risa para presentar los acontecimientos, ridículos por azarosos: “Mi hermana Arcángela llegó a ser dueña de un antro de vicio sin querer. Ella era prestamista, uno de los deudores no le pagó a tiempo y ella tuvo que quedarse con las propiedades” (p.47). La justificación, por ingenua, provoca risa: el método favorito de Ibargüengoitia para sembrar la crítica. De cualquier modo, el autor no quiere que se malinterprete su descripción humana de las protagonistas; por ello recalca la ficcionalidad de estos personajes: “no es la historia de las Poquianchis, sino la historia de unas señoras que yo inventé, a las que les pasaron las mismas cosas que a las Poquianchis”.[[6]](#footnote-6)

* La violencia institucionalizada: el poder en Las Muertas

El trato amarillista de la prensa, con toda la distorsión de la historia que supone, repugna a Ibargüengoitia: el novelista no soporta la nota periodística y política, que demoniza a las protagonistas como si fueran las únicas culpables, eximiendo la responsabilidad que la sociedad y el gobierno tienen en el caso. La intención del escritor es mostrar que tras estas mujeres –que horrorizan pese a su retrato humano-, existe todo un entramado que no solo permite estas situaciones terroríficas, sino que además se benefician y obtienen ganancias. “La sociedad que las rodea –sentencia Ibargüengoitia- es una sociedad podrida”.[[7]](#footnote-7) Los burdeles de las Baladro son construidos gracias a los favores de gente del gobierno, de policías y notarios, los mismos que promueven la irónicamente llamada por Ibargüengoitia “Ley de Moralización”: se disfrazan de morales quienes no son menos mezquinos que las hermanas proxenetas.

La historia aborda la prostitución, la violencia y la corrupción con una risa amarga y terrible. La crítica se descubre a mitad de carcajada, cuando lo grotesco de la situación nos horroriza. La novela se divide en 18 capítulos y un apéndice, en el que se recogen, como si de un expediente policíaco se tratara, testimonios y documentos ficticios de la investigación. La obra es compleja por la pluralidad de voces que aparecen: aparecen datos de expedientes, testimonios de los protagonistas y testigos, entrevistas y notas periodísticas; además, el narrador realiza un trabajo de investigación uniendo el rompecabezas. Toda esta información lleva a la conclusión de que no existe una verdad absoluta: la objetividad en el tratamiento de la historia es imposible. El narrador, por tanto, nunca asevera cómo ocurren los hechos, sino que desde el comienzo lanza hipótesis y suposiciones, siendo constantes en la obra frases como la que abren la novela: “Es posible imaginarlos” (p.11).

La historia de estas mujeres es escalofriante, no solo por su comportamiento sino por lo que revela del sistema. Los hechos ocurren porque las Baladro –como sucede con las Poquianchis en la realidad- gozan de los favores de un gobierno que las ayuda y protege, un gobierno que maneja la ley según sus intereses y se beneficia económicamente con la existencia de estas redes ilegales. La corrupción y la impunidad de las altas esferas aparece como un leitmotiv en la novela: existe todo un entramado que cobra “mordida” a las Baladro para que sigan con sus prácticas ilícitas, pero a la hora de encontrar culpables solamente quedan las hermanas, que son demonizadas por el mismo sistema que les dio vía libre por un módico porcentaje.

Los testimonios y expedientes que aparecen en *Las muertas* acusan constantemente al sistema: se dice que las hermanas tenían comprados a los federales, y que “tenían influencias tan grandes en el Estado de Plan de Abajo que iba a ser imposible condenarlas” (p.169). Se entiende, entonces, que la perversión de estas mujeres tiene respaldo gubernamental; pero este apoyo es retirado, quedando las hermanas como seres terroríficos, únicas culpables frente a un sistema corrupto pero impune. Ibargüengoitia también pone en tela de juicio la investigación que se lleva a cabo sobre los crímenes, puesto que información que compromete a personas “ilustres” no sale a la luz. Burlándose de la justicia mexicana, explica: “La averiguación sigue rutas burocráticas, se convierte en papeles que se quedan días enteros en el cajón de un escritorio, que se multiplican, que regresan al punto de partida, que salen reexpedidos, que llegan a otra oficina, que se quedan otros días en el cajón de otro escritorio” (p.159).

* A modo de conclusión: la cotidianidad del horror.

En definitiva, se puede concluir que hay un intento de justificar la actitud de las protagonistas, demostrando que actúan acorde a un mundo siniestro. Los hechos más oscuros de la novela se representan con total naturalidad; nadie parece comprender lo espeluznante que habita bajo sus actos. Los personajes se presentan inocentes, afirmando que actúan siguiendo órdenes; todos quieren ocultar su culpabilidad, su corrupción moral. De hecho, parece que ni siquiera son conscientes de su maldad. La crítica de Ibargüengoitia se extiende desde la escala personal, hasta la escala social y política; se burla de la falsa moral de una sociedad que condena la prostitución –y todo lo que ella conlleva- , siendo consumidor y sustento de ésta práctica.

El escritor presenta como cotidiano el tema de la violencia, plasmándolo de manera grotesca, mostrando mediante la risa el horror que esconde. *Las muertas* es una obra de ficción escrita sobre una terrible base verídica. Sin embargo, como sugiere Karl Schlögel, no debemos preguntarnos “qué representación es la «real y verdadera», sino más bien cuál aporta más a la hora de hacer justicia a una realidad compleja” (2007: 98). Descubriremos así que la ficción ibargüengoitiana –que presenta un México enfermo de violencia, corrupción e impunidad en todas las escalas- es más fiel que aquel testimonio adornado que el poder ha promovido como “verdad”.

Bibliografía

ASAIN, Aurelio, y GARCÍA OTEYZA, Juan (1985). “Entrevista con Jorge Ibargüengoitia”. En *Vuelta*, 100, pp.48-50.

DOMENELLA, Ana Rosa (1989). *Jorge Ibargüengoitia: La transgresión por la ironía*, México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana/ Iztapalapa.

FAVEZ, Cathy (2007). “Las muertas de Jorge Ibargüengoitia: «una narración de carne y hueso»”. En Melgar, Lucía (comp.), *Género, cultura y sociedad. Mujeres y re-presentación: entre muchas plumas andan*, México D.F.: Colegio de México, pp.57-75.

FLORES, Margarita (2002).”Entrevista a Jorge Ibargüengoitia ¡Yo no soy humorista!”. En Ibargüengoitia, Jorge, *El atentado. Los relámpagos de agosto*, Francia: ALLCA XX, Colección Archivos, pp.406-421.

FUENTES, Carlos (1969). *La nueva novela hispanoamericana*, México D.F.: Joaquín Mortiz.

IBARGÜENGOITIA, Jorge (1987). *Las muertas*, Madrid: Mondadori.

---------------------------, (1977). “Respuesta a Hugo Hiriart”. *Sáb,* 31 diciembre, p.13.

MINOIS, George (2015). *Historia de la risa y de la burla. De la antigüedad a la Edad Media*, México D.F.: Editorial Ficticia.

SCHLÖGEL, Karl (2007). *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*, Madrid: Ediciones Siruela.

1. Jorge Ibargüengoitia en entrevista con Margarita Flores (2002). “¡Yo no soy humorista!”. En Jorge Ibargüengoitia, *El atentado. Los relámpagos de agosto*, Francia: ALLCA XX, Colección Archivos, p.418. [↑](#footnote-ref-1)
2. Jorge Ibargüengoitia (1987). *Las Muertas*, Madrid: Mondadori, p.173. De ahora en adelante en las citas de esta obra se reseñará únicamente el número de página. [↑](#footnote-ref-2)
3. Aurelio Asain y Juan García Oteyza (1985). “Entrevista con Jorge Ibargüengoitia”, *Vuelta*, 100, p. 50. [↑](#footnote-ref-3)
4. *Ibíd*., p.49. [↑](#footnote-ref-4)
5. Hannah Arendt (1999). *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona: Lumen. [↑](#footnote-ref-5)
6. Aurelio Asain y Juan García Oteyza, *op. cit*., p.50. [↑](#footnote-ref-6)
7. *Ibíd.,* p.50. [↑](#footnote-ref-7)